

Biblioteca Municipal de Viipuri. 1927-1934.

El arquitecto Alvar Aalto, en Madrid

Invitado por el Colegio de Arquitectos de Cataluña para dar dos conferencias en Barcelona, el arquitecto finlandés Alvar Aalto, visitó después Madrid en donde estuvo con un grupo de arquitectos madrileños. Algunos de ellos han dado sus impresiones sobre este célebre compañero que, como referencia a su paso por la capital de España, aparecen aquí publicadas.

Fernando CHUECA

Apresuradamente tengo que escribir estas líneas, que tratan de recoger la impresión de unas horas pasadas con tan destacado arquitecto, y como no puedo pensar en hacer nada que tenga, ni por asomo, un carácter de ensayo crítico sobre dicha personalidad, me reduciré a hacer la pequeña crónica de aquellas horas, relatando sencillamente cómo pasaron, lo que a la larga puede tener más interés que cualesquiera otras apreciaciones mías. Los españoles no somos propensos a fijar estos recuerdos personales y a hacer la *petite histoire* a que tan aficionados son los franceses. Vaya, pues, por delante esta efemérides arquitectónica.

Nos reunimos en el Hotel Nacional unos cuantos

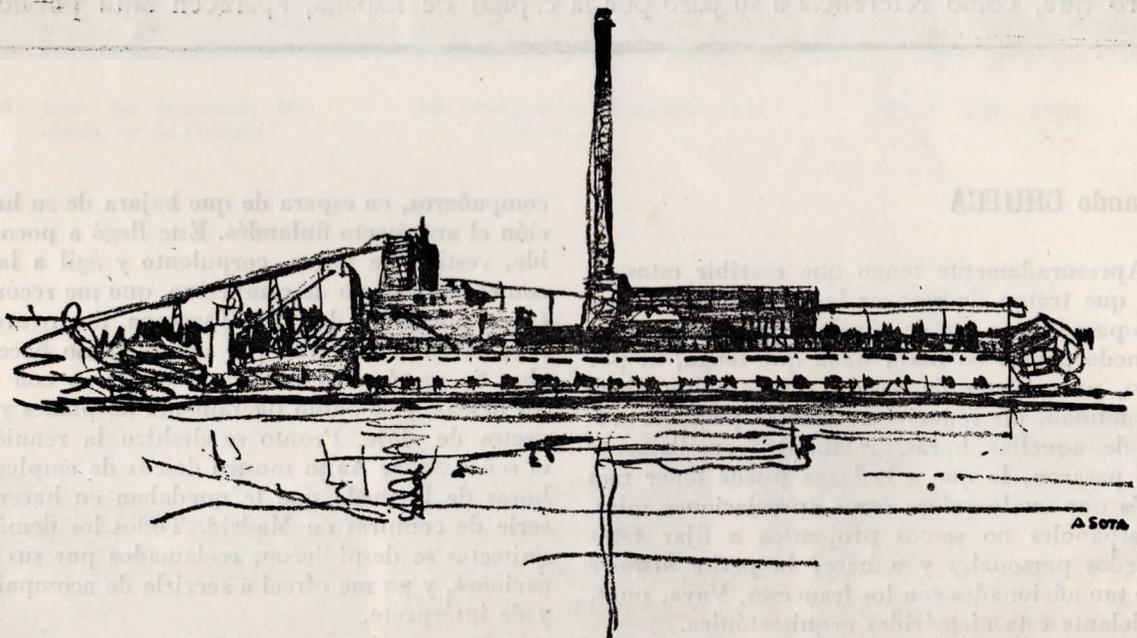
compañeros, en espera de que bajara de su habitación el arquitecto finlandés. Este llegó a poco, afable, vestido de negro, corpulento y ágil a la vez, con cierto aspecto de campesino, que me recordaba (no sé por qué) a don Blas Taracena, ilustre arqueólogo soriano, fallecido por desgracia no hace mucho. Se sentó unos momentos en corro con todos los demás, y se habló ligeramente de planes y proyectos de viaje. Pronto se deshizo la reunión, y el señor Alvar Aalto mostró deseos de emplear las horas de la tarde que le quedaban en hacer una serie de compras en Madrid. Todos los demás arquitectos se despidieron, reclamados por sus obligaciones, y yo me ofrecí a servirle de acompañante y de intérprete.

Salimos por el paseo de Trajineros, entre auto-

buses de línea y carros de mulas, y pronto me di cuenta de que Alvar Aalto hubiera deseado mucho más ir solo. Yo, más que una ayuda, era para él una traba. Me parece que el arquitecto es persona de gran independencia, y quién sabe si éste es acaso un rasgo de la mentalidad finlandesa: hombres de bosques solitarios y escondidos lagos. Pero yo había trazado ya mi plan de acompañarle y no estaba dispuesto a dejarlo, pues si a él no le interesaba mi compañía, a mí me satisfacía el contacto personal con él. Fuimos a las oficinas de la Iberia, donde trataba de obtener una modificación un tanto complicada de sus itinerarios por avión, cambiando los billetes o, mejor dicho, las horas de salida. Tuvimos que hacer bastante espera hasta que un empleado pudo atendernos. Alvar Aalto me dijo que uno de los secretos de la organización americana era que siempre, para cualquier negocio, en América ponían por lo menos tres veces el número de empleados necesarios. Después de una respetable pérdida de tiempo en la Iberia, subimos por la Carrera de San Jerónimo y, mientras andábamos, yo le hice algunos sondeos por ver si le interesaba conocer algo del ambiente y de la arquitectura de Madrid. En seguida me apercibí de lo que él buscaba era otra cosa muy distinta: comprar chucherías para llevar a sus familiares y amigos de Finlandia, principalmente, claro está, objetos de *españolada*. Ya más tranquilo con esta convicción, me propuse seguirle la cuerda, y entramos en casa de Linares, donde escogió algunos abalorios gitanos, pendientes para sus amistades y para las «arquitectas» de su estudio y

algunas cosillas más, todas de poco precio. En un momento que me entretuve hablando con mi compañero Domínguez Salazar, que circunstancialmente se hallaba también en la tienda, Alvar Aalto escogió unas castañuelas. Hicimos la cuenta con el dependiente, y cuál no sería mi asombro cuando vi que la cantidad total se elevaba nada menos que a seiscientos pesetas. A mis preguntas, el dependiente se mostró un tanto azorado, y me dijo que ya pensaba advertirme que el señor había escogido, sin saberlo, las castañuelas de más precio; que eran castañuelas de no sé qué madera muy especial, las más caras que existían (valían unas cuatrocientas cincuenta pesetas), y que sólo usaban los profesionales de postín. Yo le expliqué esto como mejor pude a Alvar Aalto, indicándole que para lo que él las quería (supongo que nada más que con carácter decorativo) tenía otras tan vistosas o más por el módico precio de quince o veinte pesetas; pero cuando oyó aquello de que las castañuelas eran de profesional, se puso (y ahora es muy oportuno decirlo) como unas castañuelas, y dijo que de ninguna manera dejaba aquel instrumento de virtuoso.

Todavía, subiendo por la Carrera de San Jerónimo, vimos algunas tiendas más de objetos de Eibar y damasquinados toledanos, pero en ellas no encontré algo que quería: unos pendientes antiguos, regalo éste más importante, para su propia hija. Así fuimos andando por el centro de Madrid a la busca de estos pendientes, cuyo hallazgo era verdaderamente difícil. En nuestro deambular llegamos a la Puerta del Sol. Cuando enfilábamos

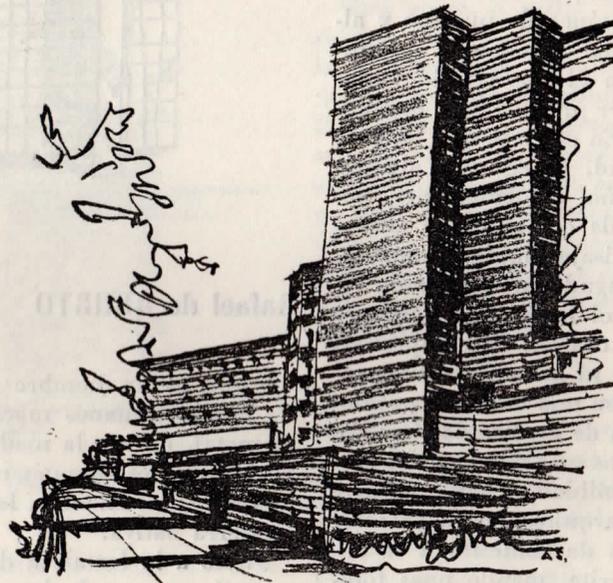


Fábrica de celulosa en Sunila. 1936-1939.

la calle Mayor, le pregunté qué impresión le producía Madrid y si hallaba algunos puntos de semejanza con otras capitales de Europa. Lo pensó un poco, porque es hombre al que no le gusta comprometerse con juicios y respuestas ligeras, y me dijo (esto no he sabido a ciencia cierta por qué) que Madrid le recordaba algo a Viena. No conozco Viena, pero yo no hubiera pensado en ella. Luego él mismo me dijo que posiblemente la causa fuera el reinado de una dinastía austríaca durante un largo período de nuestra historia. Esto me hizo considerar que Alvar Aalto respondió a mi pregunta, más que por una impresión directa, por creer que así acertaba, refrescando sus conocimien-

ducida, que en volumen debía de coincidir con la de dependiente; esperemos que no coincidiera tanto en otras cosas que influyen en la gracia femenina.

Después del grave problema de los pendientes dimos en otro no menos inquietante: era necesario encontrar una tela de gabardina de color marrón muy oscuro y completamente liso. Por lo visto en Finlandia no tienen telas de este tipo o es difícil encontrarlas, siendo muy apreciadas, y por otro lado en aquel clima, no sé bien por qué razones, decía Alvar Aalto que iban mejor los colores de telas muy oscuros. Visitamos varias pañerías, y nos costó dar con lo que él quería; salíamos con las piezas a la calle para estudiar bien el color,



*Pabellón de estudiantes del
Instituto de Tecnología de
Cambridge. Massachusetts.
1948-1949.*

tos de enseñanza elemental. No habíamos llegado a la Plaza Mayor, donde el recuerdo histórico hubiera podido justificarse más. En busca más de joyerías que de ambientes arquitectónicos, visitamos algunos de estos establecimientos por la calle de Zaragoza y sus aledaños. Estábamos, por tanto, a un paso de la Plaza Mayor y, claro está, entramos, a través de los simpáticos soportales de la calle de Zaragoza, en el amplio recinto geométrico. Alvar Aalto no manifestó ninguna reacción aparente ni se molestó en hacer ningún comentario. Estaba muy preocupado por los pendientes de su hija.

Al fin dimos en el clavo, y en casa López, de la calle del Prado, encontramos algo que le gustó: unos grandes pendientes de filigrana, no recuerdo si granadinos o valencianos, que él probaba, para calibrar el volumen, con ojos de arquitecto, colgándolos de las orejas de un dependiente pequeño, porque decía que su hija tenía una carita re-

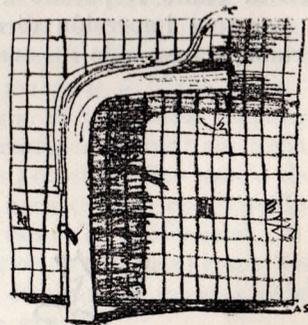
y Aalto se mostraba muy escrupuloso con las pequeñas diferencias de matiz. La luz de la tarde empezaba a caer, y era difícil comparar los colores, que variaban entre la luz fluorescente del interior y la luz, ya cansada, del día que acababa. Al final, en la Puerta del Sol, encontramos una tela que le gustó.

Resultado de todo esto fué que Alvar Aalto, que había recibido al principio mi compañía con alguna prevención, pensando en un cicerone fastidioso, acabó cariñosísimo, sin quererme dejar y alargando todo lo posible la entrevista, que vino a terminar en el bar del Palace Hotel. De estas correrías retuve la impresión de que Alvar Aalto es hombre de una sensibilidad delicadísima en materia de decoración. Es curioso que estos arquitectos, que llevan etiqueta de funcionales y que aparentemente sólo debían mostrar interés por las cuestiones lógicas, racionales y científicas, sean sobre todo unos artistas de muy depurada sensibili-

dad. Indudablemente, la arquitectura moderna, por la misma sencillez de las formas que maneja, necesita un toque muy sutil, que estos hombres cultivan y que evidentemente poseen. Alvar Aalto me dijo que cuando él está ocupado o enfrascado en algún tema de arquitectura, procura aislarse de todos los demás, considerando que un arquitecto debe ver muy pocas cosas y concentrar todo su interés y atención en ellas, para llevarlas a un alto grado de perfección. Me dijo que en Italia cerraba los ojos cuando pasaba delante de monumentos renacentistas y barrocos, y que él iba buscando sólo la esencial arquitectura mediterránea de los pequeños poblados campesinos. Esta era una de sus obsesiones. Parece ser que actualmente se halla en Finlandia ocupado en el planeamiento urbanístico de algunas regiones del país; le interesa ver la organización urbana espontánea de pueblos y aldeas, sobre todo de montaña. A todos los que tuvimos ocasión de estar con él nos repitió varias veces que le llevaríamos a ver pueblos muy pegados al terreno, como él decía. En el viaje que hizo en tren de Barcelona a Madrid, parece que algunos pueblos de éstos (en España, evidentemente, podemos presentar una nutrida colección) le encantaron, y sobre todo un paisaje amplio, inmenso, vacío, con las orejas puntiagudas de una mula recortándose temblorosas en el horizonte. Tampoco es hombre—todos tuvimos ocasión de comprobarlo—al que le guste divagar ni hacer literatura sobre su arte. Me contó que en una encuesta promovida por una revista técnica de los Estados Unidos, preguntaron a los arquitectos más notorios del movimiento actual qué posibilidades tenía el arte moderno con respecto a la arquitectura de carácter monumental; y él, en vez de contestar a la encuesta con una opinión escrita, mandó unas fotografías de algunos edificios que él había construido de tipo oficial, no recuerdo si la famosa Biblioteca, y otros.

Como dije antes, terminamos la tarde en el bar del Palace, ya con una franca y simpatiquísima camaradería. Me dijo que cuando viaja y tiene que preguntar algo que le interesa se dirige a los *bar-mans*, que forman una especie de cofradía internacional. La conversación en el bar del Palace, que duró más de hora y media, fué de lo más agradable e interesante: un poco de chismorreó sobre los *grandes* de la arquitectura moderna (Gropius, Lloyd, Van der Rohe, etc.) y mucho sobre su experiencia americana. Según él, América no la resiste más de seis semanas seguidas; es su límite de elasticidad, ya comprobado. Yo le pregunté por qué, y me contestó que en América el *businessman* está muy alto (y levantaba la mano por encima de su cabeza) y el arquitecto muy bajo (y hacía el gesto inverso), y que en Europa ocurre lo contrario. Habló mucho del proceso de la construcción

del edificio de la O. N. U. y de los intereses político-financieros que se movieron entre bastidores; todo muy sustancioso e interesante, pero que no es ocasión de relatar. Yo le oía especialmente interesado, pensando en mi viaje a los Estados Unidos, que al escribir estas líneas estoy a punto de emprender, y que precisamente me impide ahora, en beneficio de los lectores, continuar este relato, que acaso haya salido algo más largo de la cuenta.



Entretención decorativa.

Rafael de ABURTO

Aalto es un hombre de constitución cuadrada, de cuello y manos macizas. Hecho para moldear el metal, curvar la madera, desbastar la piedra y contemplarlos después con sus ojos claros, donde se reflejan el silencio, la frialdad y la limpieza de su tierra nativa.

Junto a la fortaleza de cuerpo, bien pronto demostró, como todo hombre sensible, una flaqueza y cansancio espiritual.

Posible crítica, al no poder ocultar sus emociones, si tenemos en cuenta que él es un hombre serio ante su arquitectura sencilla, primitiva y casi infantil, mientras nosotros demostramos, entre otras cosas, que manejamos con bastante alegría las formas trascendentales, que heredamos de nuestros mayores.

Pero su actitud, más que desprecio, refleja lo contrario: beligerancia y, por ende, defensa.

Se defiende cuando en vez de caer en las redes del Prado, que juzga con razón lleno de tentaciones, huye a las afueras de Toledo. Se defiende, en parte atacando, cuando no se manifiesta más que ante el ejemplo de mayor humildad arquitectónica (construcción rural no pensada), que surge impremeditadamente a nuestro paso por las estribaciones de la sierra de Galapagar. Pero hay que reconocer que la misma actitud adopta ante ejemplos de arquitectura madrileña actual que ante el Monasterio del Escorial. Más ausencia presente

que incomprensión. Se defiende cuando, sentado en la terraza, da la espalda a nuestro primer monumento y se enfrenta con algo actual no mencionable. Ante un comentario para ésta, le decimos «no mire», y contesta con ancha sonrisa, como diciendo «no hay peligro».

La defensa tuvo sus visos heroicos. Ya que la recepción en casa de Gutiérrez Soto se mostró tentadora. Y además nosotros, y de una manera natural, oponemos a su frialdad, silencio y limpieza; calor expresivo y carácter.

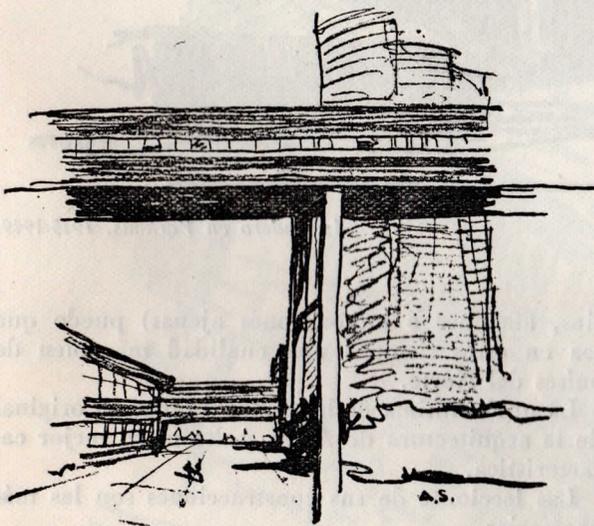
Cuando después se encontró ante el campo, que hablaba por todos, se sintió sin duda más a gusto y se durmió...

darle cuando ha pasado por Madrid. La impresión que me ha producido no es posible expresarla en conjunto, puesto que tiene facetas totalmente diversas.

Hay, en primer lugar, una impresión del hombre, indispensable e importantísima en este enjuiciamiento de una figura de talla universal; esa impresión del hombre, en este caso, ha sido francamente grata. Un hombre natural, sencillo, cordial, que en ningún momento presentaba una posición estudiada de personaje mitológico. No se puede decir modesto ni tampoco se puede decir soberbio ni orgulloso, porque de una parte no producía la impresión de desconocer su propia valía, pero de otra evitaba con la máxima naturalidad el juzgarla.

Otro rasgo, o mejor, faceta, que se puede considerar como punto entre la puramente humana y la profesional es su juicio sobre el trabajo de los demás. En esto no había ni crítica ni desprecio. Había, sí, algo desconcertante, y es su falta de sentido de la curiosidad y del juicio sobre obras arquitectónicas que no están en su línea estilística, ya sean buenas o malas, nuevas o antiguas. ¿Es ésta una posición inconsciente? ¿Es una posición apriorística de miedo a contaminarse, a dejarse influir por cosas que pueden perturbar su limpia orientación estética?...

De la otra faceta, la estrictamente profesional, casi se puede decir que en este caso no se ha puesto en juego. Solamente sus intenciones de captación de algunos detalles que puedan servir a su temática plástica: la observación de los efectos abstractos de los rayos del sol sobre unos visillos, o el entusiasmo ante un muro encalado sobre un paisaje rocoso desnudo.



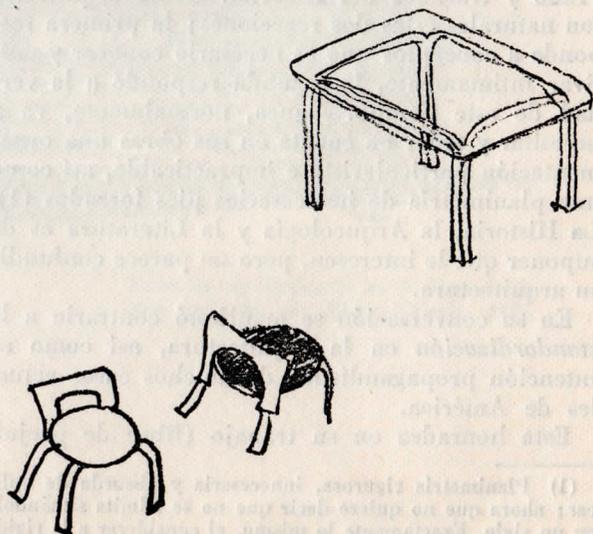
Fábrica de celulosa en Sunila. 1936-1939.

Miguel FISAC

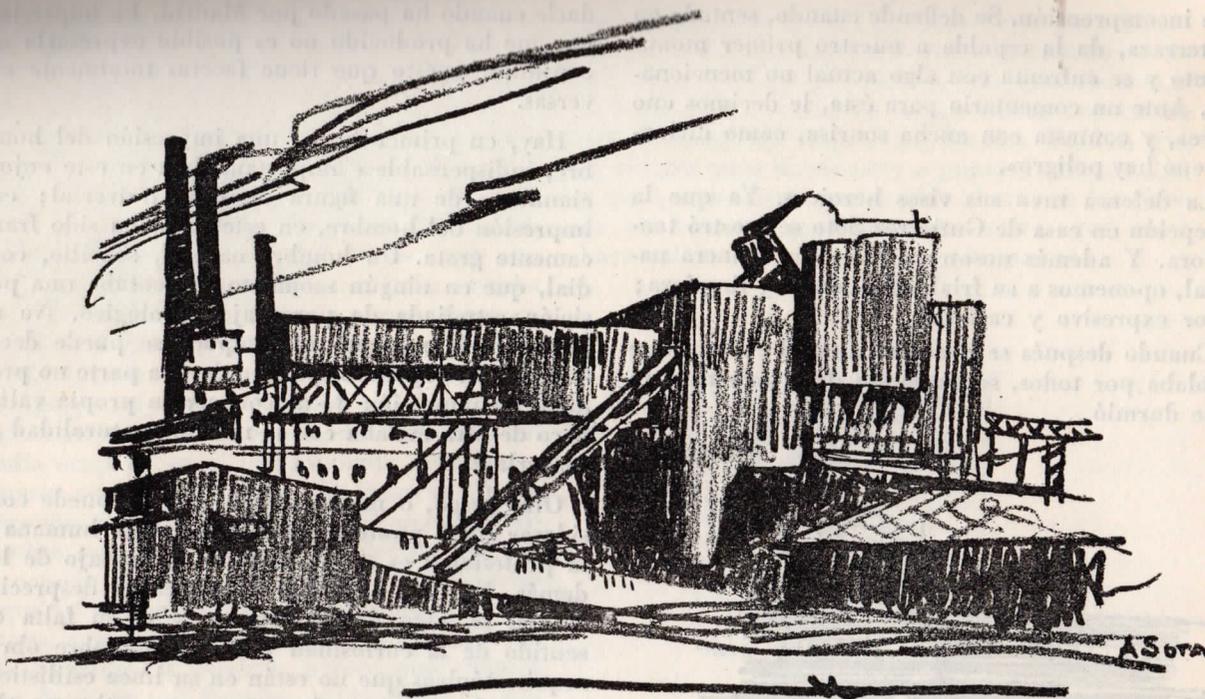
De Alvar Aalto sabía yo, poco más o menos, lo que sabemos todos. Que era la figura representativa de la arquitectura orgánica europea, y había visto en algunas revistas fotografías de obras suyas, principalmente de la librería pública en Viipuri (Finlandia).

La decepción que produce el contemplar al natural obras realizadas por los conocidos funcionalistas europeos; el conocer, aunque sólo sea por referencias fotográficas, esa arquitectura enigmática de Frank Lloyd Wright y el saber que Aalto era el traductor de una mentalidad normal de aquella arquitectura, estimo yo que son los factores que más han movido a la curiosidad hacia esta figura de la arquitectura moderna.

Por eso me he alegrado al tener ocasión de salu-



Muebles proyectados por Aalto.



Aserradero en Varkaus. 1945-1949.

Francisco A. CABRERO

La persona de Alvar Aalto, de carácter sencillo y sincero, unido a su arquitectura, enseña mucho.

En su estancia en España es significativa la atención que ha puesto al ver en la arquitectura de sus pueblos la adaptación al medio, hasta en sus detalles, texturas, en fin, la espontánea plástica de sus construcciones populares. Por el contrario, no se ha detenido en las molduras del Museo del Prado y trazados del Escorial. Como arquitecto, son naturales estas dos reacciones; la primera responde a conceptos que es necesario conocer y cultivar íntimamente, la segunda responde a la verdad de este tiempo. Nunca, normalmente, va a necesitar y tener en cuenta en sus obras una ornamentación particularista e impracticable, así como una planimetría de innecesarios pies forzados (1). La Historia, la Arqueología y la Literatura es de suponer que le interesen, pero no parece confundir su arquitectura.

En su conversación se manifestó contrario a la *standardización* en la arquitectura, así como su intención propagandística de muchos casos actuales de América.

Esta honradez en su trabajo (libre de prejui-

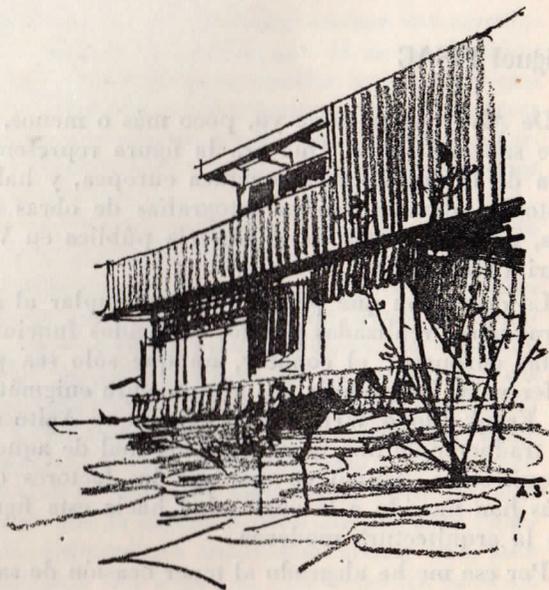
(1) Planimetría rigurosa, innecesaria y absurda de aplicar; ahora que no quiere decir que no se admita situándola en un siglo. Exactamente lo mismo, el considerar a la rígida sociedad medieval, innecesaria ahora, pero admirable en otros tiempos, junto al Cid Campeador.

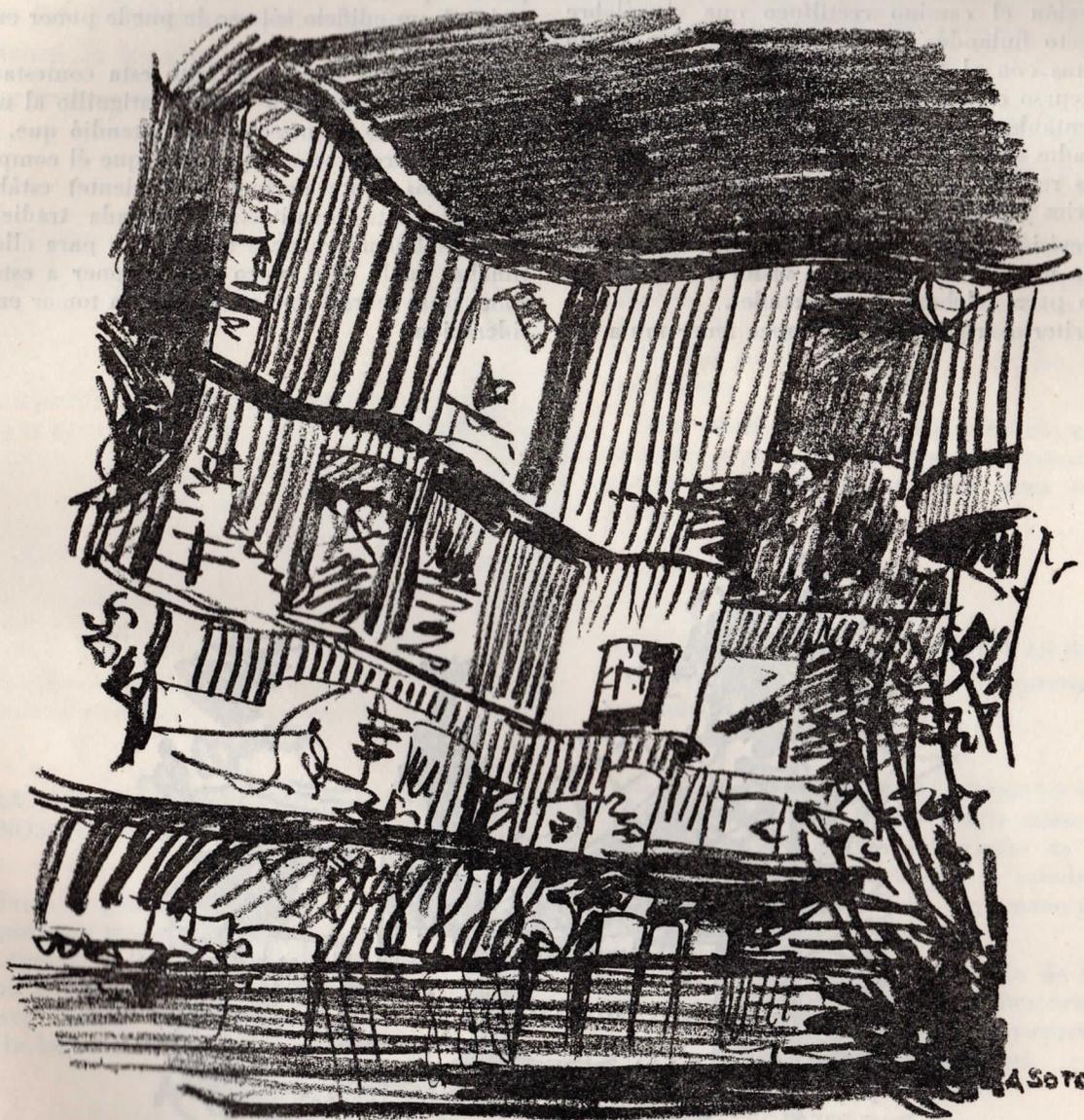
cios, aficiones e imposiciones ajenas) puede que sea en estos tiempos una cualidad más bien de países del Norte.

La unión íntima de honradez y creación original de la arquitectura de Alvar Aalto es su mejor característica.

Las lecciones de sus construcciones son las más necesarias.

Casa de Aalto cerca de Helsinki. 1935-1936.





Pabellón de Finlandia en la Exposición Internacional de Nueva York. 1939.

Carlos DE MIGUEL

Con motivo de la visita del arquitecto Alvar Aalto a Madrid hemos tenido ocasión de comprobar una vez más el gran valor que tiene la continuidad del trabajo. Repasando lo que de sus obras se ha publicado en las revistas, se comprueba con satisfacción el camino rectilíneo que el célebre arquitecto finlandés ha seguido desde que inició sus obras con el Sanatorio de Paimio, que ganó en concurso el año 1928. Evitados así los inútiles y lamentables movimientos pendulares a que tan aficionados somos los españoles, es fácil comprobar que los resultados que se consiguen son cada vez más serios y brillantes.

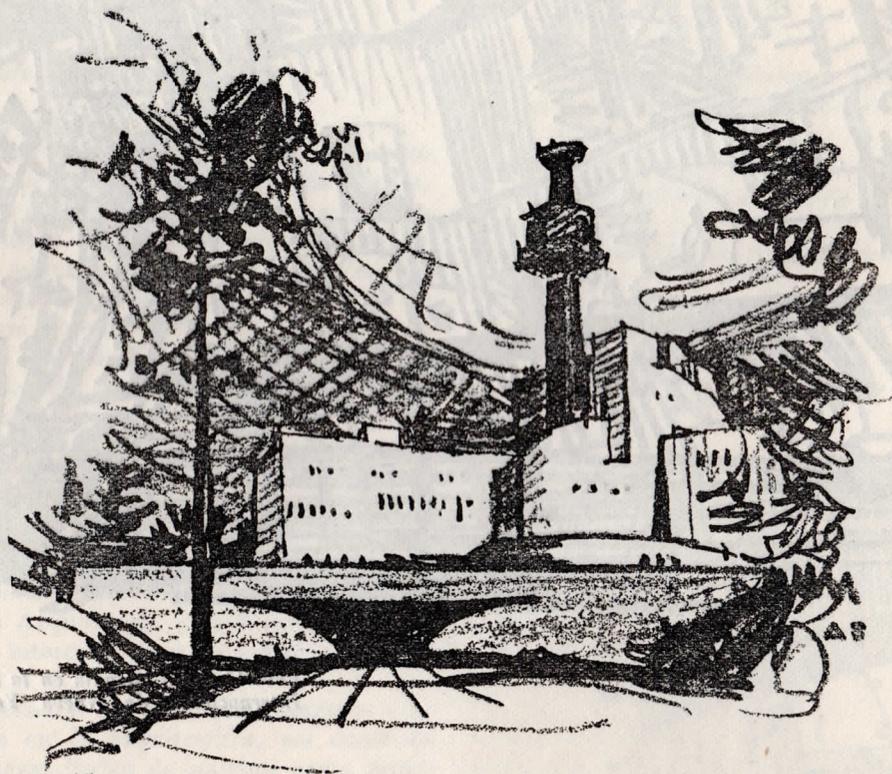
La revisión de la obra de Aalto, que hemos hecho con motivo de su primera visita a Madrid, ha servido para celebrar estas virtudes.

Su criterio arquitectónico parece tener tanta so-

lidez que cuando al solicitarle diera alguna conferencia en Madrid e indicarle el interés que para nosotros tendría que en ésta expusiera un juicio suyo sobre nuestra arquitectura actual, ya que él había tenido ocasión de ver algunas muestras de ella en Barcelona y Madrid, contestó:

—Muy difícil esto que me piden ustedes. Yo no puedo oponer a un edificio una teoría. Es poco serio. A un edificio sólo se le puede poner enfrente otro.

Agradecemos mucho a Aalto esta contestación: en lugar de colocarnos el fácil latiguillo al uso de nuestro atraso arquitectónico, entendió que, puesto que los arquitectos españoles (que él comprobaba éramos gente normal y corriente) estábamos haciendo esta arquitectura llamada tradicional, nuestras buenas razones tendríamos para ello. Estimaba, ya lo dijo, poco serio oponer a estas razones unas teorías que no las iban a tomar en consideración.



Sanatorio en Paimio. 1928-1933.